

La Tradición

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

✠ Se publica el sábado de cada semana con aprobación de la autoridad eclesiástica ✠

✠ DIOS ✠

✠ PATRIA ✠

✠ REY ✠



CARLOS VI



PARA LOS MÁRTIRES DE LAS TRADICIONES ESPAÑOLAS

Pide LA TRADICIÓN sufragios y oraciones.

LA REDACCIÓN.



EL 10 DE MARZO

Día solemne es hoy para la España Tradicionalista; congrénganse en los templos los siempre leales defensores del Altar y del Trono para elevar al Todopoderoso sus fervientes plegarias en sufragio de aquellos que nos precedieron dejándonos trazada la senda del honor y del deber. Reúne la gran familia carlista, y después de prosternarse ante las aras santas, júntanse en los Círculos, ó bien en casas particulares, para recordar los nombres y las hazañas de aquellos fidelísimos defensores de la inmaculada bandera que lleva escrito en primer término el sacrosanto nombre de Dios, en segundo el de la Patria amada, y completa su lema con el nombre del primer mantenedor de la Religión, del primer soldado de la patria, del caudillo que al propio tiempo que ejerce la autoridad derivada de Dios, encarna y personifica á la nación: el Rey. En defensa de este lema bendito corrió á torrentes la generosa sangre española, y el sacrificio de aquellos mártires fué tan fructífero en nuestra noble tierra, que á una generación de esforzados voluntarios de Carlos V, sucedieron los fieles defensores de Carlos VI, y á éstos los que hoy tenemos como nuestra mayor gloria el aclamar con entusiasmo y amor de hijos á Carlos VII.

Es la fiesta del 10 de Marzo á modo de eslabón que une el pasado con el presente; tiene por objeto, al propio tiempo que orar por los que fueron, hacer revivir entre nosotros sus hechos, para que recordando una vez más sus virtudes, podamos aprender en aquella historia los altos ejemplos de amor y fidelidad que dejaron escritos con indelebles caracteres. Herencia sagrada es la que nos legaron; somos sus continuadores; venimos obligados á guardarla incólume, para que al recogerla nuestros hijos puedan estar orgullosos de llevar nuestro nombre, como nosotros nos enorgullecemos de llevar el de nuestros padres. Allí, en las páginas de esa admirable historia, leemos los más sublimes ejemplos de lealtad, vemos llevado el sacrificio hasta el heroísmo, vemos como nuestros mayores antepusieron el principio religioso á toda otra idea, vemos sufrir cárceles y destierros antes que faltar á la fe jurada, rechazar honores y

fortuna antes que claudicar de sus principios; en paz y en guerra, siempre fieles, siempre dispuestos á dar su hacienda y su sangre en aras de la patria. El estudio de ese pasado y su imitación debe ser nuestro constante trabajo, nuestro supremo anhelo, nuestra mayor gloria; y si siempre y de continuo debemos poner en ello gran ahinco, más que nunca el 10 de Marzo venimos obligados á recordar tan gloriosos hechos.

Inspiradísimo estuvo el Duque de Madrid al instituir la fiesta de NUESTROS MÁRTIRES, y más aún al escoger para su conmemoración la fecha del 10 de Marzo, aniversario de la muerte de su Augusto abuelo, el primer soldado, el primer martir de la causa sagrada de Dios, PATRIA Y REY. Nuestro semanario, al celebrar el año último igual fiesta que hoy conmemora, honró sus páginas publicando el retrato de Carlos V, de inolvidable recordación, y hoy reproduce el de su hijo, el de aquel otro martir de las tradiciones patrias que en vida se llamó Carlos VI, tan odiado de los liberales y masones cuanto querido de los carlistas, no ya tan sólo por ser el genuino representante de la antigua y gloriosa España, más también por su religiosidad, talento y bondadosos sentimientos. Y puesto que LA TRADICIÓN tiene hoy la alta honra de publicar su retrato, en justo aunque pobre tributo á su memoria, natural es que á ese retrato acompañen algunos datos biográficos.

Don Carlos Luis María de Borbón y de Braganza, sexto de su nombre, que usó en su largo destierro el título de Conde de Montemolín, fué hijo primogénito de Carlos V, y como á tal, como á presunto heredero de la corona, quiso su tío Fernando VII que fuera festejado su nacimiento en la corte de España, al venir al mundo en el palacio real de Madrid el 31 de Enero de 1818.

Recibió esmeradísima educación, y al decir de sus biógrafos, hablaba correctamente seis de los principales idiomas de Europa. Como presintiendo que parte de su vida debía transcurrir en los campamentos y campos de batalla, los juegos militares eran siempre sus preferidos.

Cuando á la muerte de Fernando VII se entabló el pleito que algunos han querido suponer tan sólo dinástico, siendo esencialmente de principios fundamentales, la España Católico-Monárquica acudió á las armas en defensa de su causa, y entonces el hijo de Carlos V acompañó primero á su padre en el destierro y luego á los campos de batalla.

Entre los muchos rasgos de generosidad, nobleza y energía de carácter del joven Príncipe, citaremos la contestación que dió á su Augusta madre cuando á bordo del *Donegal* se dirigían desde su destierro

de Portugal á Inglaterra. La Augusta señora, viendo que una calma persistente imposibilitaba avanzar al barco de vela en que navegaban, exclamó: "No parece sino que el destino se opone siempre á la realización de nuestros proyectos.—No, contestó con energía el futuro Carlos VI, el destino se cansará."

Al entrar en Francia los restos de aquel heroico ejército que con tanto entusiasmo aclamaba á Carlos V, al cruzar la frontera, las autoridades del vecino reino obligaron á aquellos valientes á entregar sus armas; entonces el que presto debía asumir la suprema jefatura de nuestra comunión, negóse á ello enérgicamente diciendo que *los príncipes españoles jamás entregan su espada.*

El 18 de Mayo de 1845 abdicó Carlos V en favor de su hijo, y entonces fué cuando tomó el título de Conde de Montemolín.

Bien presto, en 1846, al grito de ¡viva Carlos VII!, en Cataluña primero y más tarde en Navarra, en las provincias Bascas y en el Maestrazgo, juntáronse nuevamente los defensores de una causa que nunca puede morir, acudiendo á la lucha con nuevos bríos. Interminable fuera relatar los hechos de la segunda guerra civil, de todos conocidos, pero sí es oportuno dejar anotado un suceso que hoy reviste bastante actualidad; "el españolismo que demostró D. Carlos (Carlos V) rechazando 24 millones de pesos fuertes porque sólo permitiera que tomaran su nombre los extranjeros que se querían apoderar de Filipinas, le mostró también Montemolín. El Ministro que representaba en Madrid á los Estados Unidos, dijo por medio de un cura francés á D. José María de Arizaga que el porvenir era de Montemolín en el estado en que se hallaba España, y que su nación le daría cuanto dinero necesitase en cambio de la Isla de Cuba, y al participárselo al hijo de D. Carlos (á Carlos VI), contestó que prefería permanecer en el ostracismo á vencer á tal costa." (1)

Carlos V, al ofrecerle su apoyo las potencias del Norte, Rusia, Austria y Prusia, durante la primera guerra en la que la cuádruple alianza apoyaba á Isabel II, lo rechazó diciendo que «era cuestión española y sólo los españoles debían arreglarla»; renuncia más tarde 24 millones que le ofrecen á cambio de perder un pedazo de la patria.

Pirala, el historiador liberal, escribe las líneas que hemos transcrito referentes á Carlos VI.

Carlos VII rehusa el trono que se le ofrece antes y después de Alcolea y durante la última guerra, por no pactar con

la revolución, que debía ser y es precisamente la ruina de España.

Compárese esta conducta de los representantes de las tradiciones, de la antigua España, con y júzguese imparcialmente.

Duramente fué juzgado Carlos VI por los liberales, con motivo del levantamiento de San Carlos de la Rápita; no permite la brevedad de este escrito tratar esta cuestión como se merece, ni ya necesario es desmentir las patrañas forjadas por nuestros enemigos, cuando hace pocos años, en las Cortes del año 1895, el director honorario de LA TRADICIÓN, el elocuente diputado D. Joaquín Llorens, espuso ante la llamada representación nacional, los hechos de la Rápita, desmintiendo con datos, una vez más, la fábula inventada por los liberales, que en su odio sectario y queriendo ahogar en sangre el clamoreo que se alzaba, vertieron la del caballero general Ortega.

Poco después de lo de la Rápita, el 13 de Enero de 1861, murió en Trieste después de rapidísima enfermedad Carlos VI. A las pocas horas del mismo día murió de la misma enfermedad su esposa la Condesa de Montemolín. El 1.º de Enero del mismo año, esto es, 13 días antes, había muerto de igual enfermedad y con igual rapidez el hermano de Carlos VI, el Infante D. Fernando.

Pocos días antes de estas tres muertes casi repentinas, se supo á ciencia cierta que habían llegado á Trieste dos emisarios de las logias de Madrid, que fueron presos más tarde por las autoridades de aquella población, presentándose á los pocos días otros dos nuevos individuos del *mandil*.

Huelga todo comentario.

Tan llorada fué la muerte de Carlos VI como grato es el recuerdo que de tan bondadoso y magnánimo príncipe guarda la Comunión Tradicionalista. Unidos al nombre del Conde de Montemolín van los de aquellos héroes que se llamaron Elío, Castells, los dos Tristany, Eroles, Alzáa, y tantos y tantos otros lealísimos defensores de la causa que ha escrito con sangre de mártires las páginas de su gloriosa historia.

Al elevar hoy al Dios de las Misericordias nuestras fervientes plegarias por las almas de los que nos precedieron, demandemos fuerzas y constancia para que, imitando sus altos ejemplos, podamos terminar la obra por ellos emprendida.

MARIANO ZAFORTEZA
Y CRESPI DE VALLDAURA

(1) Pirala — Historia Contemporánea — Tomo II — pág. 179.

Requiescant in pace

NINGÚN epígrafe mejor á las líneas que se me piden para el número extraordinario que, cumpliendo augustos deseos, dedica hoy LA TRADICIÓN á los mártires de nuestra Causa, que las hermosas y cristianas palabras que al frente van escritas. Con ellas nuestra santa madre la Iglesia, diariamente y repetidas veces, pide á Dios el eterno descanso de los que vivieron en su seno, á ella unidos en santa lazada de fe y de caridad; ellas constituyen el bello y expresivo epílogo de las sublimes plegarias que forman uno de sus más inspirados oficios; y después de las patéticas estrofas del *Dies irae*, cuando en la imaginación viven aún las figuras del Juez indignado y del reo confundido, y todavía resuena en el oído el eco de la terrible trompeta esparciendo sus sonos por la región de los sepulcros, aún entonces, como completa y acabada síntesis, cuando parecía no ser posible ya decir más, á modo de grito supremo del alma, con vibraciones no igualadas que aún después de extinguidas resuenan en el corazón, son recibidas por la sagrada bóveda y lanzadas á las alturas donde mora la Justicia y la Misericordia.

¿Con cuáles mejores palabras, pues, encabezará un título escrito para un periódico tradicionalista en la fiesta del 10 de Marzo?

Instituida ésta no hace aún dos años por un corazón tan grande como cristiano, al solemnizarla y tomar parte en ella, si ha de hacerse como su fundador desea y taxativamente expresa, preciso es no perder de vista cuanto más bien el corazón que la pluma dejó consignado en un documento que hubieron de recibir con emoción todos los suyos, con respeto los contrarios, y seguramente leerán con aplauso los tiempos venideros haciendo justicia al hombre cuyos bellos sentimientos tan bien retratados quedan en la hermosa carta del 5 de Noviembre de 1895.

En otros documentos, Don Carlos, más bien cumpliendo un deber que ejerciendo un derecho, había reivindicado los que á Él y á los suyos dieron el nacimiento y las leyes; había expuesto su programa y dado á conocer sus propósitos; ha desafiado á la Revolución y declarádose paladín insobornable de la Iglesia, de la verdad y de la justicia. En este, llenando un vacío que, no porque existiera había nadie aún notado; anticipándose á todos y á todos superando en la elevación de sentimientos, y de sentimientos cristianos, como á todos aventaja en elevación de miras, ha dado á conocer su corazón, ha manifestado espléndidamente, con estilo cuya sinceridad llega al alma, afectos y amores que muchos conocían pero que no pocos negaban; se ha presentado como padre, y como padre en quien nada puede el tiempo para borrar el recuerdo de los hijos perdidos.

Y estas bellas cualidades, de suyo ya notables, más y más resaltan á poco que uno se fije en lo que es motivo y principal objeto de la festividad presente.

«En las largas horas de largo destierro, »fijos los ojos en el Estandarte de Carlos »V, rodeado de otras cincuenta Banderas, »tintas en sangre nobilísima, que representan el heroísmo de un gran pueblo, »evoca el Augusto Duque de Madrid la memoria de los que han caído como »buenos, combatiendo por Dios, la Patria »y el Rey.» (1).

Las sombras venerandas de Ollo y Ulibarri, Francesch y Andéchaga, Lozano y Egaña, Zumalacárregui, Aparisi y Villoslada, desfilan ante el Augusto Proscrito acompañadas de otras cien cuyo nombre recuerda el de otros tantos héroes, mártires todos de la lealtad, cuyos talentos, cuya pluma y cuya espada siempre se mantuvo fiel á la buena Causa. De todos anotó el nombre la Historia; todos, aún después de muertos, viven en el co-

razón de Carlos VII; á todos recuerda con cariño y respeto la gran Comunió-Católica-Monárquica y á todos hará justicia cumplida la posteridad.

Pero á más de éstos, aun con ser tantos ¡cuántos héroes ignominados, desconocidos, cuenta la gran familia tradicionalista! «¡Cuántos centenares de valerosos soldados, dice el Sr. Duque de Madrid, he visto caer junto á mí, segados por las balas, besando mi mano, como si en ella quisieran dejarme con su último aliento su último saludo á la Patria! ¡A cuántos he estrechado sobre mi corazón en su agonía! ¡Cuántos rostros marciales de hijos del pueblo, apagándose en la muerte con sublime estoicismo cristiano, llevo indeleblemente grabados en lo más hondo de mi pecho, sin que pueda poner un nombre sobre aquellas varoniles figuras!»

«Todos morían al grito de ¡viva la Religión! ¡viva España! ¡viva el Rey!»

«Con la misma sagrada invocación en los labios, ¡cuántos otros han entregado el alma á Dios, mártires incruentos, en los hospitales, en la emigración, en las cárceles, en la miseria, matados aún más que por el hambre, por las humillaciones, y todo por no faltar á la fe jurada, por ser fieles al honor, por no doblar la rodilla ante la us..... triunfante!» (1).

Seguramente que á ninguno de ellos hubieron de faltar las lágrimas de una madre, derramadas, sino sobre ignorada tumba, al recuerdo de su cara memoria; ni las preces de una hermana elevadas al Cielo más con el corazón que con los labios; ni siquiera las flores con que Dios viste los campos y el amor adorna los sepulcros espontáneamente colocadas por la mano de la Naturaleza sobre la pobre huesa. Pero aquellas lágrimas derramadas en lo oculto del hogar, aquella oración pronunciada en familia, aquellas flores naturalmente enlazadas con una tosca cruz mal apoyada sobre montón de piedras ó tan sólo fijada en la misma tierra, si era merecido tributo de amor, sincera expresión de cariño, no era en cambio suficiente recompensa del mérito contraído, ni modo adecuado y cumplido de saldar deudas que sólo con el corazón se pagan y que nuestro partido, á fuer de agradecido, reconocía tener.

La gran familia carlista debía á los que fueron sus miembros, á los que todo lo sacrificaron á la defensa de sus salvadores principios, á los valerosos Cruzados del siglo XIX, les debía: honras para su memoria, sufragios para sus almas.

Algunos, los que desde los puestos más eminentes por ser los de mayor lucha, responsabilidad y peligro, habían sucumbido como buenos, á la faz de todos, abrazados á la bandera cuyo lema ni se borra ni se muda, ni se altera ni reduce, legando un nombre glorioso y el recuerdo de una vida tejida hasta su muerte con todo género de heroísmos, habían conseguido ya uno y otro. Por sus almas se elevaron fervientes oraciones, y á sus cuerpos se había procurado modesta pero digna sepultura.

Pero estos no eran todos, y todos, en la medida de sus fuerzas, habían luchado, trabajado y sucumbido poniendo á contribución su dinero, sus talentos y su vida. ¿Por qué, pues, el pobre hijo del pueblo, que lo dió todo porque dió todo lo que tenía, dió su sangre, había de quedar olvidado en la memoria de los vivos y no había de ocupar su nombre en las hermosas páginas de esa historia que la época contemporánea mal califica porque la pasión la ciega y el egoísmo la corroe pero á la que los tiempos futuros llamarán epopeya, el puesto que de derecho le corresponde, el puesto que sólo con heroísmo se compra?

Este vacío que existía, esta necesidad que, si se sentía, nadie había acertado á señalar, es el que ha llenado, la que ha remediado el Desterrado de Venecia en su hermosísima carta al Sr. Marqués de Cerralbo.

Los «continuadores de su obra, ha escrito en ella, y herederos de las aspiraciones de todos ellos, tenemos el deber

ineludible de honrar su memoria.—Con este objeto propóngome que se instituya una fiesta nacional en honor de los mártires que desde el principio del siglo XIX han perecido á la sombra de la bandera de DIOS, PATRIA Y REY en los campos de batalla y en el destierro, en los calabozos y en los hospitales.—En ella debemos procurar sufragios á las almas de los que nos han precedido en esta lucha secular, y honrar su memoria de todas las maneras imaginables para que sirvan de estímulo y ejemplo á los jóvenes y mantengan vivo en ellos el fuego sagrado del amor á Dios á la Patria y al Rey.»

¡Hermoso pensamiento! ¡Santo y cristiano deseo!

La Iglesia nuestra madre, no contenta con pedir diariamente al Señor el eterno descanso de cuantos murieron siendo sus hijos, dedica anualmente un día á la conmemoración solemne de todos los fieles difuntos. Y en época en que todo recuerda la muerte, cuando los árboles semejan esqueletos y la tierra toda vasto campo santo, en éstos y en sus templos reúne á los que aún viven, y recordándoles el ayer y el mañana les invita á imitarla redoblando con ella las preces y los sufragios para el eterno descanso de los que un día fueron nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos.

El Augusto Duque de Madrid, cuyas palabras tienen siempre su más sólido fundamento en sus obras, en la conducta de la Santa Iglesia, cuyo hijo dócil y sumiso más de una vez y públicamente se ha proclamado, debió inspirarse sin duda al dar á conocer á los suyos el bello y cristiano pensamiento que, según confesión propia, «desde hacia mucho tiempo deseaba encerrar en forma concreta. (1)

Y en la memorable fecha que recuerda la muerte de aquel gran carácter, primer mártir de nuestra Causa, que se llamó Carlos V; cuando la Naturaleza vuelve á la vida sacudiendo ya el blanco sudario en que la cubría el invierno, y la tierra alfombra su suelo y se viste de flores, bellos anuncios de próximo estío y abundante cosecha pero también ineludible testimonio de pasados sudores y trabajos, el Jefe de la Comunió católica-monárquica llama á sus hijos, y, dejando que la Naturaleza por sí sola nos recuerde la eficacia del sudor que riega la semilla que con trabajo se siembra y al fin germina y crece y fructifica, en una época que todo canta el fin de la muerte y el principio de la vida, nos convoca y nos reúne al pie de los altares en que mora nuestro Dios y sobre las tumbas que encierran los restos de los que fueron nuestros hermanos, no para que depositemos sobre ellas flores que nada dicen y el tiempo aja, sino para que todos juntos, presididos por El, formando una grande y unida familia de la que se llama padre, elevemos nuestras oraciones á Aquel que dijo ser la resurrección y la vida para que la conceda eterna á las almas de cuantos «desde el principio del siglo XIX han perecido á la sombra de la bandera de DIOS PATRIA Y REY (2); á cuantos con sus sudores, con sus trabajos, con su sangre regaron y dieron vida al hermoso árbol de la tradición.

Oremos, pues, todos hoy por cuantos quiere y encarga el cristiano fundador de la fiesta de nuestros mártires. Cumplan Juntas y Circulos y prensa las soberanas indicaciones, dando á conocer nombres ignorados, hechos desconocidos, retratos y biografías, sitios y episodios que conviene conservar siempre vivos en la memoria, ya «para honrar la de los que nos han precedido en esta lucha secular, de todas las maneras imaginables, ya para que sirvan de estímulo y ejemplo á los jóvenes y mantengan vivo en ellos el fuego sagrado del amor á Dios, á la Patria y al Rey.» (3) Pero mientras esto se hace, mientras, donde es posible, se trasladan á lugar digno restos venerandos, y sobre ellos se coloca modesta lápida con una cruz po-

remate, una palma por adorno, y el nombre de un héroe por epíteto, sobre ella y al pie de nuestros altares oremos todos por las almas de nuestros mártires.

Y porque la caridad á nadie excluye, á todos abraza y hasta á los enemigos se extiende; porque Dios así lo manda y Carlos VII así lo desea y así lo practica, con El, «como cristianos y españoles, no dejemos en este día de dedicar una oración á los que tuvieron la desgracia de caer en el campo de batalla en frente de nosotros, arrastrados á combatir á sus voluntarios por la fuerza ó por el engaño.» (1)

Y en estos momentos de suprema prueba en que la negra cerrazón del horizonte anuncia tempestades vecinas, cuando España dá prodigamente con su dinero su sangre para conservar lo último que le resta de la rica herencia que nos legaron unos tiempos cristianos y unos reyes de veras, oremos, también, oremos por cuantos, cumpliendo como buenos y defendiendo, tal vez inconscientemente, el hermoso lema de nuestra bandera, han sucumbido en una lucha que nació de la ingratitud y sostiene la perfidia. Oremos.

* *

Señor: los hijos de España, los descendientes de aquellos que á la sombra del Pilar, de labios de tu Apostol, conocieron tu nombre; la herencia de tu Madre, los hijos de Maria; los únicos sucesores de los que en Sobrarbe y Covadonga emprendieron una lucha que contemplaron siete siglos, gloriosamente terminada en las márgenes del Genil con la completa expulsión y derrota de los enemigos de su DIOS, de su PATRIA y de su REY; los tradicionalistas españoles, vienen hoy ante tu altar con la conciencia tranquila por el deber cumplido pero con lágrimas en los ojos por el recuerdo, si dulce también triste, de cuantos sucumbieron en la ya secular lucha defendiendo los católicos principios que ellos también sostienen.

Por ellos venimos hoy á orar. A todos, Señor, ábreles bondadoso el seno de tu infinita misericordia, dáles á todos el eterno descanso en tu santa gloria.

Cuando un ambicioso casi omnipotente pretendió convertir en patrimonio propio la tierra que cien veces fué sepulcro de toda clase de invasores, ellos se irguieron como un solo hombre frente al Señor de Europa, y, animados por la fe y por su amor á la Patria, hicieron levantar el vuelo á las águilas imperiales por cuyas garras nos enviaba la Revolución francesa sus máximas corruptoras y disolventes principios.

Más tarde, cuando el liberalismo hubo invadido nuestro suelo, y, viendo llegado el momento de echar raíces en él, lo convirtió en teatro donde se reprodujeron las luctuosas escenas de un día lloró Israel, y la sangre de tus sacerdotes enrojeció las gradas de tu altar, y se cometió «aquel espantoso pecado de sangre que abrió un abismo invadible, negro y profundo como el infierno, entre la España vieja y la nueva, entre las víctimas y los verdugos, y no sólo salpicó la frente de los viles instrumentos que ejecutaron aquella hazaña..... sino que subió más alta, y se grabó como perpétuo é indeleble estigma en la frente de todos los partidos liberales, desde los más exaltados á los más moderados; de los unos, porque armaron el brazo de los sicarios; de los otros, porque consintieron ó ampararon ó no castigaron el estrago ó porque lo reprobaron tibiamente, ó porque se aprovecharon de los despojos», (2) entonces ellos, también ellos, salieron á la defensa de tu nombre, y con la fuerza rechazaron lo que por la fuerza se entronizaba, agrupándose en torno del Caudillo que todo lo sacrificaba por salvar su dignidad, por ser fiel á sus creencias, por su amor á la patria; en torno del hombre de entereza y de carácter, que no se había manchado con las humillaciones de Bayona, en cuyas manos tremolaba la glo-

(1) Carta al Sr. Marqués de Cerralbo.

(2) Carta al mismo señor.

(3) Carta al mismo señor.

(1) Carta al Sr. Duque de Solferino.

(2) Menéndez Pelayo—*Heterodoxos*—III—594.

riosa enseña de las santas y hermosas tradiciones patrias, luchando hasta morir por defenderlas.

En nuestros días, cuando roto ya todo freno se recogían las tempestades fruto de los vientos sembrados, y tu nombre era borrado de nuestros códigos, tus ministros calificados de monserga en nuestros parlamentos, tu intervención eliminada ó prohibida en los momentos más solemnes de la vida, en los actos de mayor trascendencia para la familia y la sociedad; cuando la piqueta demoledora derribaba los templos que llamadas leyes desamortizadoras aún no habían convertido en presidios ó cuarteles, ó con danzas sacrílegas los profanaban impiamente los mismos llamados á conservar el orden, á defender tu honra, manchando un uniforme que eran indignos de vestir, y Tú mismo te veías obligado á ocultarte para evitar el insulto; cuando se blasfemaba de todo lo santo, y se perseguía todo lo bueno, y á los fascinadores gritos de *libertad* y *fraternidad* se hacía correr la sangre, y no había vida tranquila, ni propiedad segura, y era el porvenir funesto, ellos, también ellos, empuñaron el fusil, y siguiendo al nuevo Macabeo que, enardecido en santo celo, al ver el vilipendio de su pueblo y la ruina de la casa de su Dios se lanzaba al campo gritando: «Todo el que tenga celo por la Ley y quiera permanecer firme en la alianza del Señor, sigame (1)», hicieron de su pecho el muro de tu defensa y dieron gustosos su vida para detener en su avance á la revolución triunfante y salvar de inminente ruina á la Religión y á la Patria.

Señor, estos son nuestros hermanos, estos son nuestros héroes, estos son nuestros mártires. Ellos, si murieron por Ti, ¿cómo no han de ser tus hijos?

Como á tales trátales, Señor, en el día de tus justicias. Olvida sus faltas, perdona sus culpas y acuérdate sólo de sus sacrificios y de tus misericordias; y, oyendo benigno nuestra súplica, dáles el descanso eterno y haz que brille para ellos la celestial luz.

Requiescant in pace.

LUIS de CÁRDENAS.

Palma y Marzo—1897.

EL GENERAL DON JAIME ORTEGA

(† EN TORTOSA, 18 ABRIL 1860)

Alta la frente, juvenil, serena
le ví afrontar la postrimer batalla
é impávido acercarse á la muralla
del castillo á sufrir la última pena.

Angustiosa opresión las almas llena
de cuantos forman la movable valla.
¿Qué alma noble de indignación no estalla
ante el oprobio vil de tal condena?

Cae en sangre bañado el cuerpo inerte,
el alma vuela vencedora al cielo,
do la Justicia y las Virtudes moran.

Las logias sólo aplauden esta muerte,
el Ebro gime con profundo duelo,
la antigua España y los creyentes lloran.

JUAN B. ALTÉS.

Nuestros mártires

SON los de la gloriosa España....
Ahí están; la leyenda nos describe
y se engalana con sus hechos,
la historia esculpió y doró
en sus páginas los nombres de los favorecidos
á quienes cupo tan señalada suerte,
interín que la mente y el nobilísimo esfuerzo

(1) Macabeos, I, cap. II: 27.

investigador proporcionaron á la tradición el recuerdo perpetuado por las generaciones de familias y pueblos, que dicen de muchos lo que no sabía nadie, y que rinden á todos, conocidos y por conocer, el tributo merecido á la admirable legión que vienen á formar, y ante cuyo espiritual desfile todo verdadero español de nuestros días debiera y debe caer de rodillas, desnuda la cabeza y el corazón abrasado por el sacro fuego de los amores patrios.

En las grietas de las montañas astures que riega el Auseva con sus aguas; allí donde sobre los hombros de un puñado de guerreros godos se improvisó el primer trono que con el primer rey Pelayo debía abrir la puerta á la gran monarquía católica y española, allí empiezan nuestros mártires para formar la más grande é inmortal de las epopeyas hasta la toma de Granada en el siglo XV, en que el estandarte de la cruz, conducido por los Reyes Católicos, flameaba victorioso al viento en los torreones de la Alhambra.

Y así sucesivamente, desafiando siglos, venciendo obstáculos ó sucumbiendo en ellos, los vemos en numeroso torbellino desfilan, tajante en mano y substituyendo unos á los otros caídos, desde Pamplona con Ignacio de Loyola, hasta Pavia en donde quedó cautivo el batallador Francisco I; desde la guerra con los protestantes en Alemania, los Países Bajos y Flandes, hasta la batalla de Lepanto contra el imperio turco, en la que se quebró antes que doblarse el brazo del príncipe de los ingenios Miguel de Cervantes; desde el destroz de la *Armada Invencible* contra Inglaterra y Holanda, hasta las guerras del Milanesado y de los treinta años con Francia; desde la guerra de sucesión en tiempo del primer Borbón Felipe V, hasta la reconquista de Orán y posteriormente la toma de Mahón á los ingleses y la derrota de Gibraltar; desde nuestras desgraciadas expediciones contra las fieras de la Convención francesa y contra la rapiña de los hijos de la soberbia Albión en Trafalgar, hasta principios de este siglo en que la perfidia de Napoleón y después las malas artes y peores doctrinas de los *afrancesados*, debían conducirnos á las primeras etapas del liberalismo falaz é hipócrita para llegar al contemporáneo y presente estado de descomposición; allí, en cada fecha y cada época, contamos á millares los mártires: ¡mártires de la Religión, mártires de la Lealtad y del Patriotismo, mártires de la Justicia y del Derecho!

Siempre el pueblo español corrió y luchó, sin reparar nunca en el descalabro ó la victoria, detrás de la cruz que remataba la corona de sus reyes y la espada que atestiguaba la voluntad y firmeza en hacerla respetar. En este suelo privilegiado, sólo hubo héroes al calor del Altar y el Trono. Aquí, en todos tiempos, exhaló el guerrero indomable su postrer suspiro gritando ¡viva el Rey!, y no hubo hombre honrado y español que en la paz del hogar doméstico quisiera morir sin afirmar la fe que profesara en el bautismo, escapándosele por sus labios en su agonía el último ¡creo en Dios!

Ejemplos de ello, si por una parte son escusados por ser aún en estos tiempos de materialismo descreído cosa corriente, por otra los tenemos muy recientes y presentes, por haber sido testigos de los mismos, primero nuestros abuelos en la guerra de la Independencia, después nuestros padres y bastantes de nosotros mismos en nuestras discordias civiles que muchos no han comprendido por su ignorancia, pero que otros han explotado con su malicia.

Era el año de 1808. Prisionera nuestra familia real en Francia, quedaba todavía uno de los infantes en España; pero, por fin, se le obligó á salir. Una pobre mujer andrajosa y harapienta del pueblo de Madrid, vió como arrancaban del seno de la patria el último de los Borbones, el último representante de la realeza, y no pudo menos de indignarse y prorumpir en los gritos

sediciosos para los esbirros de Murat: *¡que se lo lleven! ¡que se lo lleven!*; y esta sola excitación, enardeciendo el ánimo de los madrileños, hizo estallar las tristes y gloriosas jornadas del conocido *Dos de Mayo*, que dió principio á aquella lucha sin igual y acabó arrojando al otro lado del Pirineo, y al grito de ¡viva la Religión! ¡viva el Rey!, las águilas imperiales. ¡He aquí en aquellas nuestras víctimas nuestros más caros mártires!

Después... la refinada malicia del liberalismo extranjero, viendo que el pueblo español era inflexible como el hierro que se cría en sus entrañas, consiguió abrir un abismo entre la monarquía insobornable y la que él protegía. Desde entonces, en tres guerras sucesivas, nuevos y más gloriosos mártires han venido á aumentar nuestra brillante é inmarcesible historia!

En cambio los que combaten las tradiciones patrias en lucha contra nosotros, no pueden evocar sus mártires, porque si entre los hijos del pueblo los tuvieron, fueron inmolados por la fuerza, jamás por el sentimiento ni menos por la elevación de miras de una causa noble, justa y patriótica. ¡Si de entre sus personalidades más conspicuas se citara como tal mártir al tristemente célebre Riego, que *por salvar los principios liberales* DEJÓ PERDER LAS COLONIAS, hasta las piedras protestarían! Todo lo más que pueden ellos presentarnos y ofrecernos, es una ridícula al par que dolorosa cohorte de caciques y vividores, cuyas uñas se clavaron sin piedad en las honradas carnes y en los bolsillos del que osó llamarse libre ante su barbarie, y cuyos desaciertos, de pueblo en pueblo y de región en región, los están llorando.

Así, pues, sólo á nosotros pertenecen los mártires por la verdadera España; y sólo á nosotros pertenece el evocarlos y dedicar el recuerdo que, en memoria de los cuales, tan cristiana y oportunamente indicó nuestro invicto caudillo Carlos VII.

A. VIDAL Y VAQUER.

Á Zumalacárregui

Alza, caudillo vencedor, la frente coronada de lauros de la guerra;
rompe la tumba, corazón valiente,
y deja que te cuente
amargas novedades de tu tierra.

Y ¡ay cuán amargas! El fatal momento
último de tu vida
fué el primero de angustia y de tormento
de mi patria querida.

¡Mal haya, amén, la muerte aborrecida
que al medio cortó fiero
tu espléndida carrera,
del Rey y de los buenos esperanza!
¡Mal haya de tu plácida primera
fortuna la mudanza!
Y mal haya la estrella
que á la leal Vizcaya
¡ay! te llevó para caer en ella!

¡Mal haya el plomo que te hirió, mal haya!

A. DE VALBUENA.

Caridad Cristiana

(FRAGMENTO)

Los toques del clarín ordenaban con sus enérgicas notas la retirada al ejército invasor.

Los antes hermosos campos materialmente cubiertos de amapolas y de otras mil florecillas de preciosos esmaltes y vividos colores, eran tan sólo inmenso páramo, mejor dicho, vasto cementerio, cuyo suelo cubrían en completo y horrible desorden, hombres y caballos, destrozadas cureñas y girones de banderas.

Al pié de una loma en la que batíanse aún con furor vencedores y vencidos, yacía jadeante, con ojos vidriosos y faz desencajada, uno de esos héroes anónimos cuyos nombres no figuran nunca en las páginas de oro de la historia. Apoyaba su varonil cabeza en el seno de una humilde mujer, á quien la caridad había transformado en ángel. La generosa sangre del valiente hijo del pueblo manaba en abundancia de aquel cuerpo presa ya de las ansias de la muerte, y sin cesar la buena Hermana de la Caridad, que talera la que á su lado estaba, puesta en tan duro trance exhortábale á que volviera los ojos al cielo y levantara su corazón á Dios.

—¡Dios! ¡Dios!—repetía el moribundo, y una expresión de duda se dibujaba en sus amoratados labios.

—Dios, sí, hijo mío, interrumpíale la buena Hermana, Dios de quien todo te habla, cuyo santo nombre te enseñó á bendecir, cuando niño, tu buena madre, y cuya providencia soberana, aún en este momento que parece de olvido, vela y cuida de ti recogiendo una por una esas lágrimas que de tus ojos brotan y tejiendo con estas mismas flores que tu sangre esmalta la corona con que en breve y para siempre va á ceñir tu frente. Dios, que te espera para recompensar con vida inacabable la existencia efímera que en aras de la patria acabas de sacrificar, y que á impulsos del fuego santo que El mismo vino á traer á la tierra para que todo el mundo ardiera, me ha conducido á tu lado para que sea tu hermana, y te preste oficios de madre ahora que te ves privado de los amorosos y solícitos cuidados de la tuya. ¡Ah!... ¿Cómo, si no fuera por Dios, tendría yo valor para permanecer un momento siquiera en este campo de desolación y de muerte? ¿Cómo, si no fuera por la Santa Caridad, hija de mi amor, hubiera abandonado mi casa y trocado el bienestar que allí disfrutaba por estas rudas y sangrientas fatigas?

Los ojos del soldado, casi completamente cerrados, abriéronse como movidos por fuerza superior; su mano fría buscó la mano de sor Francisca que así le hablaba, y, haciendo un supremo esfuerzo, sus trémulos y contraídos labios balbucearon:—Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios,—mientras gruesas lágrimas rodaban por sus bronceadas mejillas y su alma redimida volaba á la eternal mansión donde moran los justos.

Al siguiente día, cuando la luz del nuevo sol vino á iluminar el vasto escenario que teñía la sangre y cubrían los cadáveres, sobre aquel fondo de dolor y desolación destacábase un grupo, para pintar el cual sólo la Caridad cristiana tiene colores.

Junto al inanimado cuerpo del valiente soldado, muerto en defensa de su bandera, yacía también, sin vida, el de una verdadera heroína: una bala perdida había ido á clavarse en el corazón de Sor Francisca en el precioso momento en que sus labios formulaban una plegaria por el alma que acababa de salir de este mundo, y sus manos cerraban los ojos del bravo soldado, cuyos últimos momentos había hecho dulces con su solicitud verdaderamente maternal.

Dios, sin duda, quiso que la misma tierra cubriera los cuerpos de los que, unidos en lazada de santo amor, habían volado al cielo.

Casi juntos exhalaban el postrer suspiro, casi juntos dejaron sus corazones de entonar los ritmos de la vida y juntos duermen el sueño de la muerte, el mártir de la Caridad y el mártir de la Patria, el cuerpo del redentor y el cuerpo del redimido.

MATEO ZAFORTEZA
Y CRESPI DE VALLDAURA.